

De David Federico Strauss

Tres años antes de su muerte, Goethe respondía así a Eckermann: «La convicción de nuestra perpetuidad dimana del concepto de actividad; porque si yo he trabajado sin descanso hasta la hora de mi muerte, la naturaleza está obligada a enseñarme otra forma de existencia, cuando la forma presente no pueda sostener mi espíritu». Hé aquí, ciertamente, una frase magnífica y bella de una gran verdad subjetiva, en boca del antiguo poeta, que no descansó jamás hasta sus últimos días; pero sin fuerza objetiva que la pruebe. «La naturaleza está obligada...» ¿Qué quiere decir esto? Goethe sabía perfectamente que la naturaleza no conoce deberes, sino leyes, y que el hombre, por el contrario, está obligado, por muy bien dotado y poderoso que sea, a someterse humildemente a estas leyes.

Lo que la naturaleza le debía por su acción incesante, es decir, lo que debía resultar para él de las leyes de la naturaleza, lo encontró Goethe durante el curso de su vida, en el sentimiento de su poder, en el goce por sus progresos y su perfección, en el reconocimiento y respeto de sus mejores contemporáneos. El pedir más, era una debilidad de anciano, y nos prueba esta debilidad, el horror con que miraba, en sus últimos días, toda alusión a la muerte. Estando seguro de que en el día posible de su muerte, la naturaleza cumpliría su obligación para con él, ¿por qué este temor?

Este argumento de Goethe en favor de la inmortalidad, no es más que una forma particular, iba a decir heroica, de otro argumento muy conocido. El destino del hombre—se dice—es desenvolver total-